

SUMARIO

Año II número 12

DORNALECHE Y REYES

PÊLE MÊLE

Henryk Ibsen

Cumplirá 72 años el 20 del mes corriente, el notable dramaturgo noruego Henryk Ibsen, uno de los reformadores del teatro, y uno de los más poderosos talentos de nuestra época. Ibsen es la encarnación del genio noruego, y su teatro, quizás nebuloso y obscuro para el vulgo, es una fuente de estudios psicológicos profundos.



Conocemos aquí algunas de sus obras, particularmente *Los Espectros*, que Novelli desempeñaba con tanto arte, y en la que se pinta la degeneración causada en una familia por un padre libertino.

Otras obras tiene Ibsen, pero son conocidas aquí únicamente por los refinados de la literatura que han buscado ambientes nuevos para su espíritu en las páginas de tan profundo pensador y filósofo.

Por considerar á Ihsen una importantísima figura en la literatura europea le dedicamos hoy esta nota con motivo de su próximo cumpleaños.

Cosas de China

El corresponsal de una importante revista francesa, en carta dirigida á su periódico cuenta atrocidades hechas por los europeos en China y, más que nada, se empeña en demostrar que la civilización no logrará sembrar, por ese sistema, en ninguna parte más que odio y deseo de venganza.



Los acusados frente al consejo de guerra

El corresponsal á que aludimos considera á los militares y diplomáticos de todas las naciones, que han estado en China, como abocados de un mal, de una especie de enagenación mental que él llama *sinoclepto namia*, lo que, en castellano quiere decir: manía de robar á los chinos.

Relata el estado en que se halló Pekín después del bombardeo, y como fueron saqueados los templos por la soldadesca.

En viaje á Pekín por el río Peiho, vió multitud de cadáveres boyando en completo estado de putrefacción, que envenenaban la atmósfera, que con esas emanaciones se hacía casi irrespirable.

Hasta los más altos dignatarios llegaron á aturdirse á tal punto que consideraban como muy lógico el que, cuando

Sigue en otra página.

hacía falta alguna cosa se fuera á buscar á casa de un chino que la tuviera y se le quitara sin pagarse nada.

En cuanto á los chinos que, sin razón ninguna han sido enviados á hacer el eterno viaje, cuenta atrocidades


En el consejo de guerra.—La condena

Un soldado á quien había encargado un par de pollos para la comida volvió con ellos, y con la mayor sangre fría le dijo al darle los pollos: los tenía un chino estúpido que no me los quiso dar, y tuve que matarle, pero luego salieron dos más, tratando de vengar la muerte de su amigo y los maté á los tres.

Y, añade el corresponsal, esto lo decía un hombre civilizado, riéndose de su hazaña.

Y menos mal cuando para quitar á cualquier chino del medio se le formaba consejo de guerra para matarle con todas las de la ley.

Unas escenas de esas representan nuestros grabados, la audiencia del consejo de guerra y la condena. Para no equivocarse y absolver á un culpable los consejos de guerra europeos en China condenaban siempre, sin apelación y debiendo cumplirse la sentencia en el acto.

Con esos procedimientos y la *sinokleptomania* ya pueden esperar las potencias obtener simpatías en la China.

Cosas curiosas



G. M. Boyton, que está dando la vuelta al mundo



H. Lechter, que pronunció un discurso que duró doce horas.

Á falta de actualidades extranjeras que como las que venimos publicando desde algunos números, tengan palpitante interés, ofrecemos hoy en estas páginas á nuestros lectores una serie de curiosidades que constituyen la última novedad en su género.

El primer grabado representa un *globe trotter* pero en el verdadero sentido de la palabra. Es un señor que se ha propuesto dar la vuelta al mundo á pie, y que anda por eso continentes dándose á las trabas sin descanso.

El que lo sigue es otro original, un señor Lechter que dijo un discurso que duró doce horas en el parlamento austriaco. Empezó su discurso á las nueve de la noche y no pronunció el legendario y consagrado *He dicho* hasta las nueve de la mañana del siguiente día. Durante doce horas estuvo hablando sin sentarse una sola vez, y sin detenerse más que un instante de vez en cuando para tomar un sorbo de café.

Su discurso fué uno de los más brillantes pronunciados en el parlamento austriaco y se menciona como modelo en su género desde que no hubo una sola frase repetida ni decayó el interés de la narración en toda ella.

El señor Pallard, que merece luego los honores de la publicidad, es notable porque se ha bañado durante su vida, en verano é invierno unas 7.910 veces.

En toda su vida solo ha dejado de bañarse 40 mañanas y eso á consecuencia de encontrarse mal por haber nadado mucho el día anterior.

Otra nota tan acuática ó más aún, es la que viene luego. El retrato del capitán Withmon que ha hecho 30.000 veces la travesía del canal de la Mancha.

Hace poco que se ha retirado del servicio activo, pero era el más antiguo de los capitanes que hacían la travesía.

Guarda en su memoria curiosos recuerdos, especialmente sobre príncipes y reyes á quienes condujo en su buque.

Recuerda todavía que siendo joven él mismo puso en tierra

Sigue en otra página.



José Pollard que se ha bañado 7-910 veces



Capitán J. Wilhmore que ha cruzado el canal de la Mancha 30.000 veces

al Emperador de Alemania que era entonces un chiquillo.


Casa construída con pastillas de jabón


A. Holbein que nadó 46 millas en siete horas

La casita que sigue en turno es una que han construido unos fabricantes de jabón con el artículo que fabrican.

La casa fué hecha en piezas en la fábrica; las piezas del zócalo eran de jabón transparente de glicerina y las paredes de jabón de rosa.

Una vez elevadas todas las piezas al sitio en que fué construida hicieron falta catorce hombres trabajando durante cuarenta y cinco horas para colocar cada pieza en su sitio y dejar la casa hecha.


Juan Angeli, que nadó 38 millas en siete horas


La barba más grande del mundo

Los nadadores notables deben tener su sitio también en este conjunto de cosas raras, así es que publicamos dos grabados, uno que representa á un tal Ángel que tuvo suficientes fuerzas para nadar 38 millas en siete horas y otro de Holbein, otro señor que nadó 46 en doce horas.

Estos dos señores son los que poseen el *record* de la natación, pues no se conoce ningún caso de gente que nadara más distancia en igual número de horas.

Y de veras, es cosa de asombrar el que resista un hombre dentro del agua un trabajo tan pesado como el nadar, durante doce horas seguidas.

El que luego ostenta las barbas hasta los pies es un curioso ejemplar, pero quizás no tenga toda la novedad de los otros.

Ese señor es el que posee actualmente la barba más grande del mundo, como hace un año la poseía otro y hace dos años otro.

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

JUAN C. MORATORIO
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA
REDACTORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
DORNALECHE Y REYES: EDITORES

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año II — MONTEVIDEO, MARZO 17 DE 1901 — Número 12

¿Se sueña siempre?...

Á mi querido amigo Julio C. Cantera.



La respuesta afirmativa se impone, si se consulta á los poetas, á las niñas románticas y á muchas de aquellas personas, que por temperamento ó por el medio en que actúan, están fatalmente destinadas á vivir en pleno mundo de la fantasía.

Mas no se trata de *soñar despierto*, viajando en el tren de la imaginación, con rumbo á las ilimitadas campiñas de la esperanza, sino de soñar durante el prosaico reposo, alimento del organismo y recuperador de las fuerzas perdidas en la vigilia.

Existe la creencia arraigada de que mientras se duerme, al parecer tranquilamente, el sueño es la verdadera imagen de la muerte. Sin embargo, la tesis despierta dudas. Dice una revista científica (hay que inclinarse ante la ciencia) que el cerebro trabaja sin descanso y que se produce una elaboración constante de pensamiento en sus células, que viven en perpetua actividad.

Se sueña siempre, dice el sabio autor del estudio, pero hay que distinguir las circunstancias. No todos los sueños se recuerdan, otros pasan al exterior, vaga é incoherentemente; y aquellos que más claros se traducen, son reflejos de emociones ó sucesos que han impresionado el ánimo, durante la vigilia, produciendo la obsesión tenaz.

El sabio no explica ni prueba como se las ha compuesto para estudiar un fenómeno tan oscuro y saber que el cerebro es siempre trabajado por los sueños, aunque no haya manifestación externa. Pero yo, humilde profano, me revelo contra toda absoluta sin beneficio de inventario, que sólo convence á quien comulga en los altares de la credulidad sin examen.

Admito que el cerebro trabaje penosamente en los malos sueños sin hilación, reflejos de hondas preocupaciones de ánimo, ó de lecturas espeluznantes y que dure la angustia hasta mucho tiempo después de estar despierto el paciente, pues entonces el estado patológico ha sido la imperfecta máquina fotográfica que ha enfocado distintas cosas y las reproduce incompletas ó borradas.

Del mundo de las células y todos sus misterios que se traducen al exterior, nada más admirable que el sueño clarovidente, que es imagen de la realidad, copia del cuadro natural, con todos sus maravillosos detalles de perspectiva; algo así como una fotografía de colores, á base única de luz solar.

Narrador, y no psicólogo, voy á poner de relieve, como práctico ejemplo, dos sueños en los cuales fuí actor; uno de ellos incoherente, de indefinible angustia, y otro impresionante por su natural colorido y su maravillosa realidad.

Tenía entonces 20 años y estaba convaleciente de una larga enfermedad y sujeto á todas las intermitencias y á todos los desequilibrios orgánicos de mi anterior estado morboso.

Soñaba lo que traduzco: me veía en una gran habitación, dentro de mi lecho, con la frente vendada, completamente solo, en una penumbra melancólica. De pronto empezaron á cruzarse en la atmósfera luces como de fuegos fatuos. Esas luces desaparecieron y en los rincones se esbozaron tenuamente iluminadas por un vago resplandor, siluetas informes que tomaron cuerpo después.

Vi claro primero, como en los tiempos de mi niñez, un viejo mendigo que había muerto hacía muchos años y á quien se le daba limosna en casa. El mismo traje andrajoso, la misma cara enflaquecida, con su enmarañada y larga barba, los mismos ojos cada vez más tristes por las necesidades del oficio, la pequeña bolsa de víveres en la mano izquierda y en la derecha el nudoso garrote. De pronto una gran serpiente perforó un ángulo de la pared y rápida como una exhalación se dirigió hacia el viejo, y enroscándose en su cuerpo como en un árbol, formó el grupo escultórico de un Laoconte envejecido y débil, en vez del soberbio prototipo mitológico de la suma virilidad.

Quise gritar, pero la parálisis ató mi lengua. Pretendí moverme y mi cuerpo se negó á mi voluntad. Entonces, aterrorizado por la escena imponente, mis torturas sólo podían ser comparables



á las del cataléptico, que se da cuenta de su espantosa desgracia, que *siente* que van á enterrarlo vivo y no puede traducir su angustia en un grito salvaje de inmensa protesta.

Mis ojos espantados vieron como aquel grupo cambiaba poco á poco de forma, esbozándose primero una extraña figura de mujer, que se



trocó después en la exacta representación de una vieja bruja de los cuentos infantiles, flaca como la miseria, descompuesto el rostro como la imagen de la ira, toda vestida de negro para ser más fúnebre, sin el clásico palo de escoba, pero con uñas largas, angostas y afiladas como estiletos napolitanos.

Y aqnella infame bruja se dirigía lentamente á mi cama, donde yacía encadenado por la parálisis, como gozándose de antemano, antes del daño físico, en el daño moral que me producía; y tardaba en aproximarse y mi alma era una mina próxima á estallar; pero mi cuerpo no traducía su angustia, hasta que al fin, después de sentir en mis carnes el frío de aquellas uñas y el dolor de las heridas, un grito horroroso que despertó sobresaltados á los de casa, me llamó á la realidad de mi situación, despertándome con los huesos molidos y en un estado tal de quebranto, que tardé muchos días más de los señalados para reponer mi físico.

El otro caso de sueño clarovidente es el que sigue:

Estaba en la quinta de un amigo pasando una temporada de verano. La habitación en que me hospedaba tenía vistas á un jardín de corte antiguo, con aspecto de parque; jardín muy á mi gusto, en que alternaban en desorden los viejos rosales y las tupidas enredaderas, con los frondosos árboles del bosque. Era de noche. La luna, simulando un poderoso foco de luz eléctrica, debilitado por la distancia, brillaba en el firmamento como la reina de las dulces claridades. Sentados en un banco rústico, platicábamos tranquilamente en el jardín, después de la cena, cuando sentimos á la distancia gritos de angustia, rompiendo el silencio majestuoso de la noche.

Salimos de la quinta y nos dirigimos á una pulpería distante dos cuadras, de donde partían los

gritos. Antes de llegar distinguimos á un hombre que huía, puñal en mano, á otros que le perseguían; y en el suelo, revolcándose en los estertores de la agonía, á un infeliz bañado en sangre.

Disputas de juego, insultos recíprocos cambiados enseguida, el desafío después, uno más confiado en su valor ó en la lealtad del contrario, el otro aprovechándose de esta caballerosidad para *madrugarlo*. Resumen: un hombre muerto por un asunto baladí y el otro perdido para siempre.

Nos retiramos dolorosamente impresionados, porque el muerto era un buen hombre, bastante apreciado entre el vecindario, mientras que el matador era un sujeto de genio violento y tenía varias entradas en la cárcel por su acritud de carácter, que lo impulsaba á continuas pendencias.

Cuando á la media noche, tras largos comentarios del suceso, nos retiramos á descansar, demoré en dormirme. Después, reconstruyendo la escena bajo la impresión recibida, soñé exactamente lo visto. Estábamos en el jardín, la luna filtraba sus rayos pálidos por entre el verde oscuro del ramaje y conversábamos en el banco rústico con mi amigo. Sentimos los mismos gritos, fuimos al teatro del suceso, vimos huir al asesino, á la víctima revolcándose en el suelo. Regresamos enseguida, comentando el hecho en la misma forma que durante la vigilia. Detalle curioso: hasta los mismos rayos de luna que iluminaban un trecho de mi cuarto, formando caprichosos arabescos, se dibujaban en el sueño con una exactitud maravillosa y el mismo comentario que me sugirió despierto el cuadro poético, lo hice dormido, con medida igual de palabras.

Después de estas narraciones, fantástica y terrorífica la una, de maravillosa realidad la otra, á propósito de las extravagancias ó verdades del mundo de los sueños, hay que convenir que ninguno será más agradable que el no traducido al exterior, aunque trabajen mucho y sin resultado las células del cerebro, por aquello del refrán: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Salvo el caso no común de que la suerte nos favorezca con un sueño exquisito, delicado, que bañe el espíritu en agua de rosas, pero ésto es tan difícil en un principio de siglo neurasténico, como sacar una lotería con un número encontrado en la calle, ó recibir la herencia novelesca del ignorado tío que se hizo millonario en las Indias.

Ricardo Sánchez.

Por la estancia de Larrosa

EMPEZAMOS á caminar, á caminar sin rumbo y...

—Qué le parece compañero—me dijo Cubela—si fuéramos hasta la Estancia de Larrosa? Ya que tenemos la máquina....

—Pues ni que hablar!

Y enfilamos para allá!

Este Larrosa, para que ustedes sepan, era un moreno alto, flaco, nervudo, africano, para más señas, que arrancado de su patria vino á esta tierra destinado á ser esclavo, primero, y soldado después, y colorado como pecho de churrinche, mas adelante. Fué soldado con el general Flores y por sus propios méritos—en aquel ejército en que todos eran valientes,—llegó él á sargento primero. Cómo sería el nene!

Se concluyó la guerra, murió el general Flores, y el sargento Larrosa no quiso ser mas milico. «A embromar á un lirio, qui-a-qui todas son flores—se dijo,—si-acabó el general y si-acabó el cuartel.»

Parece que después de la guerra el moreno no había perdido el tiempo en zonceras, pues cuando salió de baja se encontró con mujer y dos hijos—un negrito y una negrita—y entonces se dijo:

—Y di-áhi? todos tienen casas y terrenos y el diablo á cuatro, y una persona como yo, sargento é Flores, nada menos, baquetian como el mejor, que aunque de clase tengo más méritos que muchos d'esos manates, vi'andar como perro sin dueño, aporreau de todos y sin tener ande



guarecerme? Mamoles! á otro perro con-ese güeso que yo soy viejo pa gaitero....

Y tranquilamente se fué con su mujer y su

interesante cría, allá por detrás del Cementerio Central, donde construyó una especie de cueva con piedras sobrepuestas y latas viejas.

—Esta es mi Estancia, china,—le dijo á la



parda—y aquí me pienso dar una vidurria de mi flor, sin miedo á los difuntos ni á las luces malas.

La prole fué aumentando de una manera prodigiosa, de suerte que al cabo de veinte años el sargento Larrosa tenía en sus dominios doce hijos y otros tantos nietos, sin contar los yernos, nueras y agregados. Total, casi una compañía.

Ah! se me olvidaba: tenía, tambien, una nube de perros singularmente golosos para las pantorrillas, y bandadas de gallinas, producto estas, de las escursiones nocturnas de los negritos, y de las negritas también.

(Nota.—Es preciso dejar las cosas bien en claro. El sargento Larrosa podría ser hombre divertido, todo lo divertido que Vds. quieran, y, en consecuencia, tolerante con las calaveradas de su larga parentela; pero, hay que hacerle justicia, jamás hubiera permitido á sus hijos, nietos ó sobrinos, que se alzaran con pilchas ajenas. Lo que había era que los negritos se sabían manejar y hacerle tragar gato por liebre).

Era aquello el punto de cita de los milicos francos, que á cualquier hora del día ó de la noche



iban á cimarronear, en la seguridad de que no les faltaría con quien tallar, por que si el sargento Larrosa estaba recostado, allí estaban las hijas que eran muchachas bien educadas, que sabían hacer como es debido los honores de la casa.

Pero todo concluye en este mundo, y la «Estancia de Larrosa», muerto su fundador, no tardó en irse barranca abajo. Desaparecida la fuerza centrípeta que mantenía aglomerados aquellos infinitos satélites, cada cual tomó por un lado campando por sus respetos.

Ahora, el que visita aquellos famosos parajes, se siente invadido por involuntaria tristeza, la tristeza de la soledad, y más de un milico ha derramado lágrimas recordando días felices!

Llegamos á la Estancia de Larrosa.

Allí mismo, donde en mejores tiempos construyó su casa el valiente moreno, dos mujeres, vestidas con andrajos, recogían pedazos de leña y fierros viejos, charlando con un basurero, y enfrente, en la Playa de Santa Ana, un grupo de pilluelos en traje de paraíso, se daba un sabrosísimo baño.

En la pared del fondo del cementerio, resguardado del ardiente sol, otro grupo de muchachos charlaba y tomaba mate; probablemente algunos de ellos habían hecho la *pelada*, prefiriendo las delicias del aire libre á las severidades de la escuela.



Más adelante, sentada frente á la puerta de una casucha hundida en la tierra, una nena morocha y linda á pesar de la poca limpieza de su cuerpo, jugaba con unos trapitos, indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor. Nos acercamos, le enfocamos la máquina y, nada, no se movió; apenas si levantó como con pereza sus ojos negros y grandes hasta nosotros, sin dejar de jugar con sus trapitos.

Seguimos caminando. En otra casucha por el estilo de la anterior, tropezamos con un grupo interesante: cuatro mujeres, varios botijas farristas, un perro y un gato, todos en amable compañía, fraternizando como si fueran de la misma familia.

Algunos metros más adelante, se presentó á nuestros ojos el espectáculo que ustedes ven ahí: una verdadera cueva de viscachas, y á la puerta un criollo flaco y barbudo, teniendo entre sus piernas temblonas á su nietito, un botijita lindo, muy lindo, hijo de su hija, una moza muy pasable, que un buen día se les presentó á los viejos, después de larga ausencia, y les dijo:—Ahí les dejo eso pa que lo críen; es de la casta. Poca comida y mucho azote, porque si sale al padre...

AMÉRICA LATINA

(Con motivo del Congreso Científico Latino-Americano)

Dès à présent dans nos misères
Germe l'hymen des peuples frères:
Volant sur nos sombres rameaux,
Comme un frelon que l'aube éveille,
Le progrès, ténébreuse abeille,
Fait du bonheur avec nos maux!

V. Hugo.

¡Roma futura, América! apercibe
Tu brazo, ejercitado en la pelea,
Y en las justas gloriosas de la idea,
Con noble emulación, tu nombre inscribe.

Los ídolos inútiles proscribe,
Honra al pasado, el porvenir sondea,
Vínculo estrecho entre tus pueblos crea
Y el merecido galardón recibe.

Levanta, en el olímpico estadío
Del Congreso Latino-Americano,
Tu mente llena de visiones grandes;

Y ostenta tu creciente poderío,
Desde el soberbio Golfo Mejicano
Hasta la cumbre enhiesta de los Andes!

Férald O'Door.

Montevideo, Marzo de 1901.

Manchas á la aguada

LLUVIA

Escribo en la cuartilla húmeda, bañada por la penumbra lechosa del nublado, llenos los oídos del golpeteo graneado de la lluvia que



cae redoblando menudo sobre la claraboya, monótona é igual desde el amanecer; ante los ojos la eterna visión del agua porfiada que castiga resonante la calle, mientras las gotas perezosas resbalan viajando en lento convoy por los hilos del teléfono.

Las nubes reinan en el cielo difundiendo la tristeza aburrida de su palidez sobre la sala de redacción, la redacción desganada de día lluvioso, en que chirria antipática la pluma y fastidian los papeles revueltos sobre la larga mesa común.

Tras los vidrios de la puerta corta las diagonales de la lluvia una pared alta y lisa, chorreada de verdín casi negro, una pared sobre la cual se derrama el agua como llanto, aporcelanando la cal con sus reflejos.

El cielo cubierto provoca la nostalgia del azul, y los acordes de un piano, llegando de lejos en la vecindad, piden la alegría del sol ausente.

Nubes y nubes en toda la extensión del espacio; nubes hostiles, que parecen negar la luz y el color á los ojos con ceñudo aspecto. ¡Han subido y se sienten capaces del despotismo!



Sin embargo, muchas salen del pantano ó del charco negro para elevarse al cielo; allí es donde, en las tardes hermosas, los últimos rayos del sol moribundo las doran con su caricia de despedida, convirtiéndolas en vaporosos celajes, poéticos, holgazanes del crepúsculo, cirrus de nácar flotante dormidos en la quietud del ocaso.

Ya dueñas del cielo se inflan orgullosas, se amontonan y lanzan á la tierra la fulminante mirada del relámpago, castigándola con el ígneo latigazo del rayo. En algo se parecen las nubes á los hombres...

. . . .

Sigue lloviendo. Las casas chorrean agua de los pretiles y de los balcones; en las calles los adoquines, relucientes, bruñidos por el agua, reflejan la claridad lívida del cielo, y á lo lejos se esfuman los contornos de los edificios en la vaguedad gris del espacio; las gotas en lento convoy viajan siempre por los hilos del teléfono; en el caño de desagüe resuena persistente el goteo del líquido, y en la claraboya sigue redoblando la lluvia, monótona é igual desde el amanecer.

EUCALIPTUS

Dos largas filas de altos eucaliptus melancólicos que estienden allá lejos, lejos, una interminable calle umbrosa, promesa de frescura; á los lados el verde bullón rizado de las viñas; de cuando en cuando el tañido inocente del esquilón de la capilla... Esto es Villa Colón.

Todo el encanto de lo que es tranquilo y mis-



terioso y discreto vaga en su ambiente diáfano como mirada de ojos claros, entibiado en las tardes tristes por el calor amigo de olvidadas confidencias que oyó el crepúsculo á espíritus abiertos en la hora de las melancolías, y que flotan invisibles y silenciosas como perfumes.

Es la más dulce calma la de aquel sitio, y en la hora soñolienta de la siesta, cuando chirría lejano el grillo y cabecean aburridos los árboles al arrullo de la brisa, tendiendo su larga línea de sombra en el suelo seco y polvoroso, mientras el follaje joven murmura sin testigos sus eternos chismes, el alma descansa alegrada por la inundación de azul que ha corrido de un lado á otro del cielo, tendiéndose como onda moribunda al acostarse en la arena de la playa.

Tardes de lunes en que dormita el parque silencioso, desvanecidos como recuerdos viejos los últimos ecos del redoble alegre y contagioso de las carcajadas femeninas, y se entretiene el agua perezosa en copiar las muecas que en la cara del cielo hacen las nubes, y bosteza nostálgico el mozo del hotel, harto de mirar la última fila de hormigas laboriosas, la que marcha paciente, cuando

se muestran ya misteriosas, casi amenazadoras las penumbras azuladas del horizonte.

Una franja de oro centellante en el ocaso; un avance de brumas tristes, y luego la noche, la noche del campo en que conversan las ranas charlatanas bajo el chispeo blanco de los mundos de diamante, los eternos haraganes contemplativos del infinito, perpetuos vagabundos en las sombra.

Bajo el rumor de aquellos eucaliptus majestuosos, la necesidad de expansión en las horas gratas ha labrado sobre la corteza benévola iniciales, nombres, letras entrelazadas, fechas; hasta un corazón atravesado!...

¡Elocuencia suprema de las cosas pasadas!

«Enriqueta», «A. C.» «Alfredo-María, 1.º de Enero de 1889: —¡Siempre!...»

¿Quiénes escribirían ésto? Ese Alfredo, esa María... jóvenes, indudablemente, enamorados, alegres...

¿Qué será ahora de ellos? Habrán vuelto unidos, fieles á su fe, á mirar aquellos signos grabados en una rosada hora de amor; habrán vuelto á sonreir al viejo eucaliptus que escuchó el verso de sus palabras, ó, apartados ya por los vaivenes del destino, olvidados uno de otro, habrán pasado por allí bajado los ojos, avergonzados de la infancia de su corazón sin amor ya, borrado de él el recuerdo que aún conservaba el árbol triste, benévolo confidente de sus confesiones?

¿O quizás habrá vuelto el ave abandonada hacia él sus ojos húmedos para decirle:

«Adiós, viejo árbol que nos viste juntos y amantes grabar en tu tronco añoso nuestros nombres; ya lo ves: vuelvo sola. ¡Y extraño estos lugares tanto!... ¡Cuántas hojas secas hay ahora aquí, Dios mío!

«A tu sombra, ¿te acuerdas? leímos juntos aquella dulce y melancólica rima de Lamartine que escuchaste arrullándonos con tu armonioso canto de murmullos:

> O lac! L'anée a peine a fini sa carrière,
> Et prés des flots cheris qu'elle devait revoir,
> Regarde! Je viens seul m'asseoir sur cette pierre
> Où tu la vis s'assoir!...

—Ya lo ves; vengo sola...

> Regarde! Je viens seul m'asseoir sur citte pierre
> Où tu la vis s'asseoir!

Arturo Giménez Pastor.

Un casamiento al aire libre

Tanto se ha hablado en elocuentes sermones y tanto se ha escrito en eruditas encíclicas sobre la inmoralidad de costumbres en que vive una parte de nuestra campaña, tanto se ha dicho en la tribuna, en el púlpito, en la prensa y aún en la estadística que son pocos los *paisanos* que se casan ante la ley y ante Dios y muchos los que se casan ante la santa madre Naturaleza, que un casamiento campesino, de cuya autenticidad damos fe, nos ha parecido acontecimiento altamente interesante y por consiguiente digno de la reproducción fotográfica.



El caso se produce, sin embargo, con mayor frecuencia de lo que muchas gentes creen y de lo que malas lenguas dicen. Los actuales jueces de paz son, por razones varias, fervientes propagandistas del casamiento legítimo, y los señores curas rurales, que de cuando en cuando recorren en misión religiosa las regiones más apartadas de la república, no regresan nunca á la sede de su curato sin haber ganado muchas almas para el cielo y algunas víctimas para el matrimonio.

El fotograbado que aquí ofrecemos al lector, da cuenta exacta de una de aquellas benéficas excursiones sacerdotales. Según verá el lector, es grande la concurrencia que de las inmediaciones ha ido á presenciar el hecho insólito, que más tarde se ha de festejar con pasteles y arroz con leche.

El proceso Giallorenzi

El lunes de la presente semana concurrió ante el jurado popular el romántico procesado Agustín Giallorenzi, matador de Aurelia Ginocchio. Hablar del suceso en sí es innecesario, pues frescos están en la memoria de todos los moradores de este pueblo los detalles de aquel y las escenas que lo siguieron con motivo de la fuga del actor principal del sangriento drama. Aurelia Ginocchio, amante de Giallorenzi, fué la víctima de sus celos: — he ahí la historia sencilla del drama que tuvo la virtud de conmover á todo Montevideo. Era un loco, un epiléptico, un enfermo, en una palabra? — La ciencia ha dicho terminantemente que nó. Y la justicia acaba de establecer la misma opinión, por intermedio del jurado popular, formado por los señores Adriano Lacassagne, Juan G. Vergés, Gualberto Ríos Silva y Benito Baena, bajo la presidencia del Juez del Crímen doctor don Julio Bastos. La audiencia llevó numeroso público y en ella el reo demostró la misma verbosidad que al ser llamado á declarar en los primeros instantes de su captura, y el mismo romántico estilo de sus numerosas cartas, publicadas en la prensa diaria.

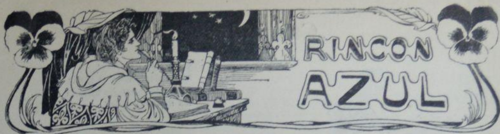


Esperando la audiencia

Agustín Giallorenzi se presentó en ella, vestido con elegancia y corrección, de traje negro, ostentando en el ojal de la solapa una escarapela con los colores de la bandera norteamericana, país del que es ciudadano legal. Momentos antes de entrar al salón de audiencias, uno de los reporters de Rojo y Blanco pudo tomar la instantánea que lo presenta sentado en el corredor, próximo á su guardián — un soldado del 3.° de Cazadores. Después de la lectura del sumario, que arroja todos los datos conocidos ya del suceso, Giallorenzi hizo uso de la palabra para manifestar que era un desgraciado, una víctima de la pasión quo le inspiraba Aurelia, no un asesino. Lo mismo sostiene, después, su defensor el doctor E. Vargas: no hay — dijo — no puede haber otro móvil en este crimen que los celos, la pasión, el amor desordenado, — móvil que le hizo abandonar á su familia, sus intereses, su vida tranquila para venirse á América, — móvil que resulta evidenciado de las cartas apasionadas que figuran en el proceso. Pero, contra esta opinión, contra las apreciaciones de Giallorenzi, están las del acusador público doctor don Jacinto Real; y el jurado, más tarde, en sus deliberaciones, estableció categóricamente que antes de cometerse el crimen, 3 de Noviembre de 1899, Giallorenzi había amenazado de muerte á Aurelia, la que se produjo entonces sin mediar palabra. Giallorenzi ha sido condenado á 26 años de Penitenciaría.



Después de la audiencia



Trinitarias

De la villa de Trinidad (capital del departamento de Flores) se ha hablado varias veces en esta revista: para alabar el valor y los méritos de sus hijos, para hacer desfilar escenas que acreditan su cultura, ó para presentar tipos populares de los que caracterizan su vida.

Hoy toca el turno á lo más preciado de la villa, á las mujeres que son virtud en los hogares, encanto en los paseos y en los balcones, alegría en las reuniones sociales y gracia y entusiasmo en los días de la Patria. El que quiera conocer las damas y las niñas de Trinidad que vaya el 25 de Agosto á la hermosa villa: las verá desfilar altivas y airosas al salir del Te-Deum de la iglesia parroquial; prodigar su donaire y su inteligencia en el baile del Club; las verá caritativas y humildes obsequiando á los pobres; y así tendrá la impresión completa de la mujer trinitaria.



María Rosa Sayago

Tres ejemplares de la nueva generación vamos á presentar en este *Rincón Azul*, donde al lado de las montevideanas han lucido y lucirán su hermosura las hijas de otras localidades que no ceden á la Capital en tales dones.



Rosa Volonte

Es la primera, de estirpe patricia y arraigada de antiguo en el distrito de Porongos. Su apellido figura en los viejos Cabildos Coloniales y en las asambleas de los primeros días de la Independencia. Tiene sangre maragata y lo revela en todo su figura. Es elegantísima y su belleza es de un tipo clásico en el país. Muy música, toca primorosamente el mandolino, haciendo evocar á sus oyentes las serenatas misteriosas de las noches venecianas, y toca en la intimidad la guitarra que gime y canta y es, pulsada por ella la «caja de música de duelo y placer», que ha elogiado uno de los más grandes poetas contemporáneos de América.

Es la otra trinitaria, de apellido francés; modesta é ingenua como lo revela su fisonomía; de inteligencia fina; pianista de exquisito gusto y sentimiento, inspirada y habilísima en las labores femeniles; todo en ella es suave y delicado, sus sentimientos, sus expresiones y su fisonomía. Es una mujercita ideal, soñadora y hacendosa, artista y aplicada á los deberes del hogar. Por eso ya ha sido elegida y su corazón y su voluntad tienen dueño digno de ella.

Una mezcla de sajón y latino en el tipo, sangre inglesa y sangre española tiene la tercera. Es rubia, es elegante, es cultísima; cuando toca el piano predomina en ella el espíritu sajón y se eleva en un verdadero misticismo. En sus afectos es en cambio muy latina: muy efusiva, muy cariñosa.



Eloísa Otero

Vinicio.

Calamidades



El poeta de afición
que escribe un hermoso drama,
y hace aparecer en cama
á César con sarampión;
que con loca terquedad
la gramática degüella
y el diccionario atropella,
Es una calamidad.



El sastre que á tu despecho,
sin pensar en tus apuros,
quiere cobrar veinte duros
por un traje que te ha hecho
y con fiera crueldad
ante tus ojos presenta
constantemente la cuenta,
Es una calamidad.



El actor que furor hizo
de tal modo en Canelones,
que en *Sandías y melones*,
le tiró una dama un rizo,
y que con seguridad
habla siempre de su gloria
contando la misma historia,
Es una calamidad.



El casero consecuente
que siempre al final del mes
á tu puerta llegar ves
con ademán complaciente;
y con cara de bondad
recibo tras de recibo
te va desollando vivo,
Es una calamidad.



Crítico que en el salón
sus fieros dardos esparce
y dice que Núñez de Arce
es un poeta ramplón;
y afirma con seriedad
que no le gusta Pereda
ni Tamayo ni Espronceda,
Es una calamidad.



Suegra que al horrendo infierno
el domicilio aproxima
y que medio no escatima
de fastidiar á su yerno
y le reprende y le asedía
con furiosa crueldad,
Esa no es calamidad
es calamidad y media.

Maximino Fernández.

La primera sangre

Imitación de Bret-Harte

Se preparan ahora al ataque. Las largas líneas que se divisan en una gran extensión á su frente, brillan al sol de la mañana y relucen las armas con reflejos alegres, como si sólo fueran á tomar parte en un simulacro. El primer combate!

Cristián, el joven oficial, no piensa más que en eso desde hace algunos días.

¿Es decir que toda su preparación, que todo el tiempo que ha destinado á sus estudios es para terminar aquí, en su puesto, en el que no es más que una sencilla pieza de una inmensa máquina?.. Y allí aparecen todos sus compañeros inmóviles, rígidos, con sus vestidos de colores, iguales á aquellos que él solía formar sobre una mesa cuando era pequeño, y que hacía maniobrar á su antojo...



¿Por qué viene á distraerle ahora este recuerdo de sus soldados de plomo?... No sabe. Pero en la tensión de su espíritu y en la gravedad de la hora presente tiene un singular atractivo el recuerdo que le acosa, persistente, de su caja de soldados de juguete y, no puede dejar de pensar en sus momentos de placer, de ese placer que se goza á los seis años. Y mientras todo resuena, grita, se agita á su alrededor, él piensa siempre en aquel primer día de su vida militar, en el que trabó conocimiento con los soldados, con aquellos soldados de plomo, es cierto, pero á los que él unía entonces un alma y hacía marchar valerosos, hacia su destino.

En la blanca alcoba donde se agrupa la familia todo está de duelo. El pequeño Cristián está enfermo, tiene fiebre, delira; muy grave debe estar cuando ha dejado esparcidos por su camita á todos sus compañeros, todos sus juguetes que yacen tirados por doquiera. Y en su delirio en alta voz no recuerda más que los soldados de plomo de su amigo Hans, esa gran caja de soldados pintarrajeados de todos colores, con sus grandes cascos, con sus uniformes pintorescos, en los que ha pensado durante tantas noches, y que le habían prometido regalarle para el día de su santo. ¡Su santo!...

Entonces, con una voz apenas perceptible llama á su madre, y le confiesa su deseo, todos los deseos que ha hecho nacer la promesa de ella para el día de su santo, y le recuerda que pronto será ese día y que no se olvide, que no se olvide de traérselos!

Y mientras ella piensa en la manera de darle ese placer, se le humedecen los ojos al pensar que quizá es ese su último deseo. Llama á Reynaldo, el fiel servidor, que está triste, muy triste el pobre, con la enfermedad del chico, y le encarga que vaya á la ciudad á traer la caja de soldados.............................

Es casi de noche. Los árboles de la quinta susurran una canción melancólica acompañada por el viento, y parece que se detienen al pasar el jinete, y la continúan de nuevo á sus espaldas. Rechina la vieja puerta de hierro, en la que Reynaldo cree sentir un gemido del pequeño, que espera allá, impaciente...

Allá va, á galope tendido, por el camino mal alumbrado por la luna. Aquí toda una jauría se abalanza, furiosa, sobre su caballo y durante largo rato le persigue con sus ladridos. Más allá se cruza con una carreta que pasa, pausadamente, chirriando sus ruedas, mientras en lo alto se mueve desordenadamente el farol colgado de un palo, y el boyero dormita, silencioso, mientras los bueyes continúan tranquilamente, y se pierden á lo lejos en una vuelta del camino. ¡Y, qué largo es el camino! Sin embargo continúa su furioso galope...

En fin, ya llega, se acerca á la población. Ya se empiezan á ver casas sueltas con sus pequeños jardines, ya se encuentran algunos habitantes madrugadores en sus puertas, ya hay abiertas algunas tiendas, las calles se suceden, el movimiento crece y helo aquí ahora en la ciudad.

Reynaldo reconoce la juguetería: ha ido tantas veces!—sobre todo durante la enfermedad del pequeño Cristián, que quizá en este momento se impacienta, allá lejos, por la tardanza en llegar sus soldados, esos soldados con que sueña y, á cuyas batallas cree haber asistido en los últimos días.

Ya están aquí. Reynaldo toma la caja, se la pone con cuidado bajo el brazo, y otra vez se lanza sobre el caballo, que parte al galope...

Y de nuevo pasa ante su vista el camino, dorado ahora por los últimos reflejos del sol y á cuyo fin cree ver la quinta, en la que aguarda el pequeño enfermo.

Qué le importan ahora las fatigas del viaje! Piensa en la alegría del chiquillo al llevarle sus soldados, y al doblar el camino,—el camino que no se acaba nunca!—piensa que es mejor cortar en línea recta por el campo del vecino.

Es muy malo este vecino. Varias veces han tenido reyertas por cualquier motivo, y así es que al cruzar furtivamente por su hacienda, le parece verlo surgir á cada momento, dispuesto á renovar sus antiguas disputas... Pero no, todo va bien, ya llega al límite de este sitio peligroso, pero he aquí que al abrir la portera del fondo, que parece gritar desde sus goznes, sale amenazador, con una escopeta en las manos, el vecino implacable, que esta vez no le dejará pasar.

Pero, no importa, Reynaldo tiene que llegar á la quinta antes de la noche, así es que, — adelante! — cruza en un furioso galope la portera en el momento en que suena un tiro, y siente un dolor en el brazo, penetrante, agudísimo... Toma la caja con la otra mano, y á pesar de todo, continúa. ¡Cómo va á sonreirse Cristián al verle entrar con su caja de juguetes!.......

Ya llega. La puerta rechina de nuevo, pero con una especie de alegre chirrido, y él baja del caballo al mismo tiempo que su brazo, inmóvil, le martiriza cruelmente.

Entra. Todo sigue lo mismo en la alcoba del enfermo; sólo que al oir sus pasos, las blancas cortinillas del lecho se entreabren y asoma la cabeza de Cristián: — «¿Reynaldo, traes eso?...»

Y con qué loca algazara recibe á sus queridos soldados, que van saliendo uno á uno de su caja! Y entonces nota que están manchados, manchados de rojo, y recién nota la palidez lívida de Reynaldo, y ve su brazo que cae inerte, mientras que en el suelo se extiende una mancha roja. «¿Qué es eso?...»

Nada! Es que los soldados de plomo han recibido su bautismo de sangre.

Cómo le distrae este recuerdo de su infancia, ahora que se halla frente á frente con la muerte; Pero, de pronto, todas las trompetas resuenan, y se oye la voz de mando: ¡Adelante! Y todo el regimiento se mueve con rapidez y se lanza á la carga sobre el enemigo, mientras él piensa en sus pequeños soldados de otros tiempos.

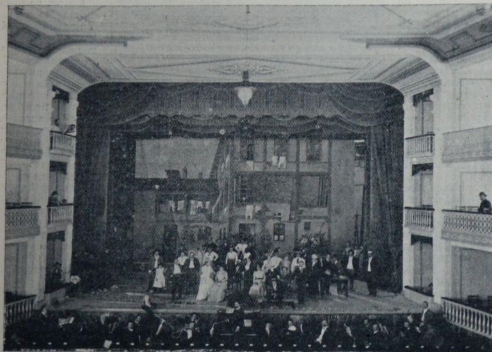
Pero de pronto se siente tambalear en su caballo, le invade una especie de desvanecimiento y va á caer. Está herido. Le llevan varios compa-



ñeros lejos del campo, y mientras le ponen en una ambulancia que él no ve en el delirio que empieza, se cree un soldado de plomo, él, — uno de los que manejaba en otro tiempo, y que le ponen en una gran caja de madera, que va á ser destinada á consolar á un pobre niño enfermo...

Carlos González Carvallo.

El nuevo teatro



El nuevo teatro. El primer ensayo

Dos nuevas informaciones gráficas ofrecemos en este número relativas al teatro levantado en la Avenida de la Paz esquina Colonia por los empresarios Crodara y el arquitecto Angel Savio, director de la construcción del mismo. Se refiere al primer ensayo de la compañía Juárez á su primera representación en el nuevo coliseo, inaugurado con vida robusta tanto por la simpatía que inspiran los artistas que forman aquella cuanto por las comodidades y condiciones de aire y luz que este brinda á la concurrencia.

No nos engañábamos al augurar á los Crodara tantos éxitos como representaciones. La sala, en la noche del estreno, ofrecía el más repleto de los llenos teatrales, como lo atestigua la fotogrfía de Fillat que llena una de nuestras páginas. La Compañía Juárez cosechó aplausos y más aplausos; los empresarios empezaron la cosecha, más proficua por cierto, pero no por eso menos merecida y de entradas que hacen tangibles las esperanzas concebidas al colocarse la piedra fundamental del nuevo teatro.



El nuevo teatro.—La sala en la noche del estreno

La literatura policial

¡Oh, amigos mios! estos de que voy á hablar, para que se relaman ustedes de gusto, eran los tiempos de oro de la literatura policial,



el siglo de los Homero, los Virjilio, los Horacio, los Quintiliano jefaturiales... Qué cantidad de literatos macanudos, de morrocotudos estilistas, de hablistas de afiligranado lenguaje! Brotaban como hongos, espontáneamente, de la noche á la mañana; surgían de todas partes, como bandada de ruiseñores, así de una comisaría de extramuros, perdida allá por los confines de la Capital, como de la mismísima Oficina Central, que, como tal, era el punto céntrico de donde irradiaban los más melodiosos arpejios, las notas más dulces y más altas del pentágrama policíal.

Qué tiempos, qué tiempos!... y qué fulanos los que constituían el personal superior de policía! Y, sobre todo, qué famosos partes los que se pasaban al Jefe Político. Ya salieran del majin del comisario, del segundo ó del escribiente, parecían todos cortados por el mismo patrón, inspirados por el mismo numen.

Yo no quería hablar de estas cosas, no quería remontando el curso de mis recuerdos, ir á desenterrar los archi-maravillosos episodios que guardo como pan bendito en el archivo de mi memoria; pero tengo necesidad de escribir algo y... allá van unas cuantas anécdotas, unas cuantitas, no más.

Los vecinos de la Unión recuerdan aún aquel incomparable ejemplar de comisario de policía que, cansado de escribir los partes en vil prosa, se horquetó un buen día en el Pegaso, le metió espuela, subió al Parnaso, vapuleó á las musas y se arrancó, por fin, con un soberbio parte en versos campechanos dignos de la nacarada cítara de don Justo Rosas. Lo único que faltó fué que el Jefe Político lo leyera al compás de la guitarra.

Ya tenía con eso título suficiente para la inmortalidad; pero el hombre, que era precavido como buen criollo, quiso agregarle una piedrita más, y se descolgó otro día con un parte dando cuenta de la remisión de un pobre diablo por *abijeato* de *zapallos!*

Este era un comisario seccional, feo, grandote, entre flaco y gordo, hombre de unos cincuenta añitos, cuando menos.

Ocurrió en su sección un suceso con ribetes de misterioso y deseando obtener detalles completos para el diario en que escribía, fuí á verlo en su oficina.

—Qué hace el hombre?—me dijo—que lo trai po-acá? siempre traginando en los diarios?

Contesté á su amable saludo y de corrido le expuse el objeto de mi visita.

—Ah! usted quiere informes del suceso ese del domingo? pues ahorita mismo se los viá-dar.

Y con el lenguaje más criollo y más pintoresco del mundo me dió cuanto antecedente apetecía, concluyendo por hacerme conocer su opinión respecto á las causas que habían producido el suceso.

—Es un sucidio, amigo, es un sucidio, no le quepe duda.

—Presentaba muchas heridas, el cuerpo?

—Heridas? Pusf! ya lo creo!...

Mire, tenía una grandota que le agarraba todo esto que forma el cuadril, salva sea la parte (y levantó la pierna derecha señalando el paraje) y otra tamien grandota en la parte de atrás de la cabeza del cránio.

Y satisfecho de su elocuencia y de sus conocimientos anatómicos, chupó con delicia el mate que le ofrecía su asistente.

Si hay alguno por ahí que se crea capáz de dar en menos palabras,—y mejor y más gráficamente—un informe médico, que no se ande haciendo el chiquito y dé un paso al frente.

Vamos á ver, donde está ese guapo?

Sin duda ustedes se habían hecho la ilusión de que despues de estas vendrían otras anécdotas! pues se han llevado chasco, palabra de honor, por que aquí me planto.



Amigo! las cosas buenas hay que saborearlas de á poco y despacito.

O, como decía en cierta grave ocasión una señora de mi amistad,—«despacito, mi viejo, pa qui parezca convite!»

Agapito Quincoces.

Campestres

El día en que se señalan los corderos es para los hombres de campo lo que para nosotros esa media docena de días semi festivos, que si no son de fiesta, tampoco son de trabajo, ni dejan de serlo. Un rodeo general, una marcación, una esquila, son acontecimientos más solemnes.



En los bretes



Bajo la enramada



Por acá todos buenos

Llegado el día indicado para la faena, la majada está encerrada en el chiquero desde temprano (figura número 1) y desde temprano, durante la primera hora de luz, llegan á la estancia los vecinos que han sido invitados á colaborar en el trabajo (figura número 2). ¡Hoy por mí, mañana por ti! A poco, la ramada está lleaa de caballos (figura número 3) y después de tomar algunos mates y de desenfrascar algunos buches de caña, empieza (figura número 4) el señalamiento y la castración de los corderitos... operación que no describimos en virtud de nuestro gran respeto por las damas. Pero un detalle es esencial: á las futuras ovejas se les corta la cola de raíz, mientras que á los corderos del sexo masculino se les deja un trozo algo más largo.

¡Triste consuelo y escasa compensación de males mayores dirían ellos si filosofaran!



Señalando corderos



El escudo nacional

El 14 de Marzo de 1829, estando reunida en la Aguada, la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado, sancionó el escudo de la República Oriental del Uruguay.

Los símbolos elegidos fueron: *Justicia*, representada por una balanza; *Fortaleza*, representada por el Cerro y su fortaleza; *Libertad*, representada por un caballo libre; y *Riqueza*, representada por una res de ganado. Un sol fué puesto como timbre y como marco se dispuso que tuviera laureles, trofeos de banderns, armas y símbolos diversos del comercio y de la industria.

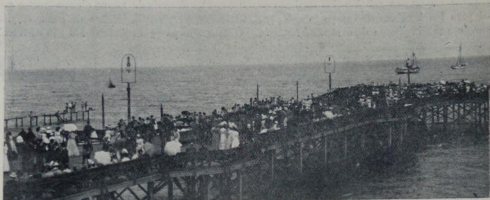
Esto que dice la ley y qus hasta ha sido cantado en sonoras décimas por inspirado poeta, no se cumple generalmente y los escudos en uso, apenas tienen los símbolos principales, las guías de laurel y el trofeo de banderas.

Tiene por tanto valor é interés muy especiales, el dibujo que reproducimos, obra de nuestro inteligente compatriota don Francisco J. Ros y que representa gráficamente el escudo tal cual lo sancionaron los Constituyentes.

La obra interpretativa como la gráfica de Ros son del mayor mérito y nos alegramos de ser los primeros en darla á conocer.

En los Pocitos

Las regatas



Aspecto general de la terrasse

OTRA fiesta marítima que figurará dignamente en los anales del *sport* es la que el domingo pasado tuvo lugar en los Pocitos, organizada por el Montevideo Rowing Club. Un hermoso día de verano, un mar tranquilo apenas eri-



La terrasse

zado por la brisa fresca, una concurrencia que llenaba la amplia terrasse dándole brillante aspecto, todo contribuyó á que las regatas, de suyo interesantes, se realizaran en medio de los mayores atractivos.

A las tres de la tarde los trenes iban dejando



1.ª regata.—La llegada

frente al hotel los alegres grupos de gente, en los que eran delicadas notas de color las *toilettes* femeninas y en menos de una hora el paseo presentó la bulliciosa animación de sus mejores días. Frente al balneario dos ó tres vaporcitos señalaban la raya y diseminados por la ensenada se veían deslizar finos y rápidos los botes que debían disputarse la victoria.

A las tres se efectuó la primer regata en la que



2.ª regata.—La llegada

se extrenaban dos preciosos *fours* que ha regalado al Rowing Club, trayéndolos expresamente de Europa, el señor Germán Colladón. Con intervalos de media hora siguieron corriéndose las seis regatas en las que los remeros demostraron verdadera habilidad y fuerza. Los vencedores eran saludados al llegar á la raya por las acla-



3.ª regata

maciones y aplausos de la concurrencia aglomerada al extremo del puente y por las sirenas de los vaporcitos. A las seis de la tarde se reunían

en la terrasse todos los remeros y demás socios del Club para el reparto de premios á los ganadores. La esposa del señor Colladon fué la que hizo entrega de las joyas y objetos de arte que trajo expresamente de Londres con aquel objeto parte, en un banquete que se efectuó en la terrasse del hotel. La mesa espléndidamente adornada lucía en el centro un barco de flores en las que aparecían lamparillas eléctricas. Fué ocupada per los señores Germán Colladon, T. T. van Domselaar, A. J. Davie, A. C. Lichtenberger, W. Denstone, Carlos Pérez Gomar, Ernesto Caprario, Enrique Gómez Cibils, F. C. Schroeder, Raul Costa Giménez, A. Sayago Velazco, L. Casares, F. Gigliani, A. Nogueira, E. A. Schroeder, J. Nogueira, H. C. Litchtenberger, G. P. Swinden, C. F. Fleury, E. Maclean, F. F. van Domselaar, J. P. Henderson, Pedro Manini y Ríos, E. Llovet, Alberto Calamet (hijo), Emilio Beduchaud, Carlos Pérez Montero, J. J. Rama, J. Olmos Muñoz, F. Rosati, R. Schnekenberger, D. Franco, M. Baños, G. Devincenzi. C. Jackson, A. O. Shaw, S. Puppo, J. Lema y Luis Scarzolo Travieso.



4.ª regata



En la playa

y cada uno de los premiados recibía una entusiasta ovación de sus compañeros.

Damos enseguida los nombres de los vencedores y la lista de los premios que recibieron:

1.ª Regata. — Stroke: A. Davie, un reloj de oro. Núm. 3: W. E. Morton, una bizcochera de plata. Num. 2: F. T. Schroeder, una jarra cristal y plata. Bow: E. Caprario, un juego cubiertos de marfil y plata. Cox íd.: G. Maclean, un tarjetero plata.

2.ª Regata. — Stroke: Raul Costa Giménez, una copa cincelada plata y oro. Bow: Adolfo Sayago, íd., íd. Cox: E. Gómez Cibils, una cigarrera plata y oro.

3.ª Regata. — Stroke: J. Olmos Muñoz, dos floreros cristal y plata. Bow: J. J. Rama, una jarra cristal y plata. Cox: J. Lema, una cigarrera plata.

4.ª Regata. — Stroke: W. C. Morton, un par cepillos cincelados. Bow: P. E, Schroeder, íd., id. Cox: L. Casares, una cigarrera de plata.



5.ª regata

5.ª Regata. — Stroke: C. Pérez Gomar, un lápiz oro. Bow: G. Maclean, un artístico memorándum con tapas de oro. Cox: W. C. Morton, una cigarrera plata y oro.

6.ª Regata. — Stroke: F. C. Jackson, medalla de plata. Núm. 3: W E. Morton, íd. Núm. 2: F. E. Schroeder, íd. Bow: E, Caprario, íd. Cox: G. Maclean, íd.

Hubo además carreras á nado y se realizó la de la caza del pato resultando ganadores los señores Jackson y van Domselaar que recibieron como premio lapiceros de oro.

No terminó con este acto la hermosa fiesta. El señor Colladon á quien estaba dedicada quiso reunir á todos los que en ella habían tomado

Al final de la comida que transcurrió en medio de la mayor animación, pronunciaron brindis los señores Domselaar, Colladon, Maclean, Henderson, Manini y otros, abundando todos en elogios al anfitrion y en votos de prosperidad para el Montevideo Rowing Club. La fiesta terminó en medio del bullicio de la enorme concurrencia que ya llenaba de nuevo el puente y la terrasse reproduciendo el animado cuadro de la tarde.



Reloj que perteneció al Almirante Brown

Una curiosidad histórica

Ofrecemos al lector la reproducción gráfica de una curiosidad histórica que, á diferencia de la mayoría de sus congéneres, es de autenticidad indubitable.

El reloj del almirante Brown, pertenece hoy por circunstancias varias y ociosas de narrar, al señor Guillermo F. Adams, benemérita persona que ha consagrado su vida á aliviar los males de la humanidad doliente, porque es el propietario de la antigua y acreditada botica de Hutchinson — esquina 25 de Mayo é Ituzaingó.

Ese reloj ha marcado horas solemnes para la historia del Río de la Plata!

Nuestras bodas

La mejor sociedad montevideana, presenció el jueves la ceremonia nupcial del doctor José Pastor, juez letrado de San José con la distinguida y bella señorita Matilde Salvañach, realizada en la capilla de Lourdes. Lleno el templo de amigos, tuvo el acto gran solemnidad, á la que concurría el obispo Isasa, que bendijo la ceremonia, dirigiendo después á los novios elocuentes frases, impregnadas de ferviente anhelo por su porvenir dichoso. Los recién desposados partieron para San José la misma noche del jueves, seguidos siempre del coro de voces amigas entonando al unísono el voto porque las buenas hadas hagan sonrosada siempre la existencia de las dos nuevas almas unidas por el amor.



Doctor José Pastor



Matilde Salvañach



Después de la ceremonia

Tres Arboles



Vista de Tres Árboles.—Salida del paso.—Campo revolucionario

TRES ÁRBOLES. Fué el primer combate de la revolución del 97 y como lo dijimos en una efeméride anterior desde ese momento aquella tuvo verdadera existencia.

La emoción que produjo en todos los espíritus esa acción es difícil de precisar, como es difícil deslindar y definir en estos casos todo el mérito y toda la importancia del triunfo; pero la verdad es esta: que el triunfo moral de la jornada fué de los revolucionarios como el material, y que los vacilantes é incrédulos creyeron desde aquel día en la revolución y empezaron á dudar del poder del ejército de línea y de los obstáculos invencibles que se preveían para todo movimiento armado en campaña.

El ejército revolucionario, compuesto de las fuerzas sublevadas en Flores, de las que se le habían plegado en San José y del grupo desembarcado en el Sauce con el coronel Lamas, había marchado hacia el Norte, buscando la incorporación de las fuerzas que debían pasar de la Argentina junto con aquel y tratando á la vez de evitar el encuentro con las fuerzas del gobierno que convergían sobre su trayecto.

La unión con las fuerzas procedentes de la Argentina y que habían desembarcado en Martín Chico á las órdenes del coronel José Núñez, se efectuó después de pasar el Río Negro y en el de partamento de este nombre.

Al encuentro de los revolucionarios, forzando marchas y utilizando el ferrocarril en cuanto fué posible, bajaron desde Artigas, Salto y Paysandú, los batallones 1.º y 2.º de cazadores, mandados respectivamente por los coroneles Abreu y Flores, el batallón Artigas mandado por el mayor Herrero y caballerías de Paysandú al mando del coronel Mauricio Rodríguez.



Coronel Mauricio Rodríguez

JEFE DE LAS CABALLERÍAS DE PAYSANDÚ

Esas fuerzas que sumaban 1300 hombres próximamente, eran mandadas en conjunto por el general don José Villar, quien tenía como jefe del Estado Mayor al coronel Manuel M. Rodríguez.

En la noche del 16 al 17 de Marzo, las fuerzas del Gobierno se acercaron al arroyo Tres Árboles en cuya proximidad había campado el enemigo. Antes de aclarar el día 17 el combate se empeñaba en el paso hondo de Tres Árboles. «Pensamos sorprender y fuimos sorprendidos», dicen que telegrafió el general Villar al anunciar el desastre al gobierno y esto es á juicio de muchos la síntesis de la acción.

El batallón 2.º de cazadores, uno de los cuerpos en que más fe se tenía, por su organización, por su jefe y su oficialidad, fué el primero que tuvo



Coronel Ricardo Flores
JEFE DEL 2.° DE CAZADORES



Comandante Félix Herrero
MUERTO EN TRES ÁRBOLES



Alférez González
MUERTO EN TRES ÁRBOLES

contacto con el enemigo al cargar sobre el paso. Las fuerzas revolucionarias: la urbana de Porongos y los pequeños batallones *Raña* y *Leandro Gómez* procedentes de la Argentina, al sentirse la aproximación del enemigo acudieron por orden del coronel Núñez á defender el paso y allí se empeñó la ruda lucha que debía durar cinco horas.

El 2.° de Cazadores quedó diezmado De la forma en que peleó puede tenerse idea por una frase que á su respecto pronunció el coronel Núñez, hablando con un periodista argentino: «Había que concluirlo para rendirlo». ¿Era el espíritu de la vieja raza de Zapicán y Abayubá el que alentaba en aquellos guerreros?



Sepulturas de Rafael Pons, J. Coll, M. Durante y teniente Irigoyen

De la indígena dijo un poeta, en efecto:

Esa que fuera preciso
para vencerla acabarla....

El batallón 1.° de Cazadores sufrió á la vez pérdidas considerables y lo mismo el batallón Artigas. En las caballerías de los dos campos las pérdidas fueron menores.

A las 10 y 1/2 de la mañana proximamente el ejército del gobierno se retiraba sin ser perseguido con rumbo á Paysandú. La caballería del bravo coronel Mauricio Rodríguez cubría la retirada.

En el campo de batalla quedaban muertos: el jefe de la Urbana de Flores, los veteranos comandante Pons y mayor Durante y algunos otros



El moreno Salvador



Fogón del coronel Lamas en Tres Árboles en la noche del 16 de Marzo

oficiales de la revolución; del ejército del gobierno, el mayor Herrero, el capitán Montautti los tenientes Irigoyen y Albín Pereira, el alférez González; heridos el segundo jefe del 1.º comandante Antonio González y segundo jefe del 2.º comandante Octavio Pérez; y otros muchos oficiales subalternos muertos ó heridos al lado de centenares de soldados de los dos ejércitos.

Fué una fuerte sacudida, un combate rudo en que se prodigó el valor por las dos partes y en el cual, como en todas las acciones de nuestras guerras civiles, las bajas alcanzaron proporciones terribles, revelando un encarnizamiento digno de mejor causa; pero también se probó en esa acción que la era de las crueldades con los vencidos había pasado: los revolucionarios dueños del campo: respetaron los caídos del bando contrario, é hicieron cuanto les fué posible por auxiliarlos, conducta que se repitió por ambas partes en todo el resto de la campaña.



Sepultura del capitán Montautti

En la casa de un vecino Silva, cercana al paso famoso, fueron alojados la mayoría de los heridos. Muchos murieron faltos de asistencia, porque el socorro de la Cruz Roja tardó en llegar por indisculpables obstáculos que se le opusieron de parte del Gobierno.

Faltaron brazos en los primeros días para enterrar á los muertos... todo el horror de la guerra se posó sobre aquel campo y sin embargo no fué esa la última lección que ella nos dió.

Hecho al fin la paz, un activo y entusiasta ciudadano el comerciante D. Jacinto Alvariza inició la erección de un obelisco en el campo de Tres Árboles para recordar los caídos de los dos bandos y para que fuera también un monumento espiatorio y propiciatorio de paz.

Por su parte los compañeros de armas y los correligionarios de los oficiales del ejército muertos en Tres Árboles, fueron en el primer aniversario del combate á recojer sus restos para sepultarlos honrosamente en Montevideo.

La muerte suele ser terrible para elegir sus víctimas y en esta ocasión había espigado en el campo de batalla arrebatando vidas muy preciosas. Fué por eso mayor el homenaje del sentimiento y del afecto rendido á los caídos en la jornada trágica del 17 de Marzo de 1897. Á nosotros no nos toca cantar victorias, sino definir méritos. De estas páginas



Obelisco de Tres Árboles



Casa de don Federico Silva y galpón de los heridos

de nuestra historia empapadas en sangre parece desprenderse para nosotros una infinita piedad, una lección de dolor y de lágrimas y al evocarlas no es entusiasmo ni animosidades lo que pueden hacernos sentir, sino el deseo de que ellas sean las últimas que reflejen el horror de las luchas fratricidas entre los orientales.



Comisión que trasladó los restos de los caídos en Tres Árboles—17 de Marzo de 1898

Para ilustrar esta efeméride hemos tenido que prescindir de muchos retratos y vistas, por ser demasiado conocidos, ó porque están publicados ya en ROJO Y BLANCO ó porque deben salir en otra ocasión más señalada.

La vista general del campo, las de las tumbas de Montautti, Irigoyen, Pons, Durante y Coll, de la casa de Silva, de la Comisión que trajo á Montevideo los restos de los oficiales del ejército y del moreno Salvador, son absolutamente inéditas y las debemos á un inteligente y empeñoso colaborador artístico, el fotógrafo don Pedro Chabalgoity, de San José.

Otras vistas como la del obelisco conmemorativo, y retratos como el del coronel Mauricio Rodríguez, coronel Ricardo Flores, mayor Herrero y alférez González tienen su justificación y explicación ya en la parte principal que tuvieron en el suceso, ya por no haber sido hasta hoy publicados en este periódico.

El moreno Salvador tiene méritos sobrados para figurar en esta efeméride. Es peon del estanciero don Federico Silva, y prestó grandes servicios en el cuidado de los heridos, y en dar sepultura á los muertos, que así pudieron con su auxilio ser hallados é identificados más tarde, cuando se trató de exhumarlos. Por todos esos servicios, el abnegado moreno no quiso recibir recompensa alguna y todavía debe decirse que muchos de los muertos que él enterró y que acompañó á exhumar conservaban sus alhajas y dinero.



Oficiales del 1.° de cazadores en Comisión de honores al capitán Montautti

¡Ojalá nos fuera posible dar á conocer también á otros vecinos y á los que en la Cruz Roja ó de otra manera, fueron los héroes piadosos y abnegados de la triste jornada que rememoramos! No faltará ocasión de hacerles justicia; y lo tomamos por nuestra parte á empeño, como un deber, pues lo común es recordar á los combatientes, mientras los héroes de la caridad quedan ignorados.

Calor, qué calor!...

Mosquitos, qué mosquitos!...

PERO han visto ustedes que tiempo loco? La semana se inició con un calorcito que aunque mortificante,—porque nos estábamos acostumbrando á una temperatura casi primaveral,—bastante soportable; pero de pronto, sin decir agua va! ó calor viene! ¡zás! se nos descolgó un calorazo tremendo, inaguantable, capaz de convertirnos en lonjas de asado ambulantes.



El sol, un sol de fuego, nos arrojaba sin piedad sus rayos, y mientras nosotros sudábamos á gota gorda, él reía con risa de demonio satisfecho, con la misma risa que ha de tener el «cómodo monarca del abismo» cuando ve allá en sus sombríos dominios achicharrarse un pecador impenitente que se ha escapado de aquí sin arreglar primeramente sus cuentas.

Ese calorcito duró tres ó cuatro días obligándonos á soportarlo, quieras que no, pues ya es cosa sabida que contra el calor... no hay chucho!

Pero, en fin, usted, sudando y rabiando, rabiando y sudando, pasaba el día y acariciaba la esperanza de que, á la noche, á lo menos, podría descansar tranquilo; chasco tremendo, pues llegaba la noche y no solamente la temperatura no se dulcificaba sino que verdaderas nubes de bichitos chiquitos y amoladores se nos venían encima cantándonos unos *couplets* insoportables, metiéndosenos por todos lados y picándonos furiosamente. Los más encarnizados é inaguantables eran esos mosquitos blancos y negros, esos *gegenes* del demonio que donde meten la trompa dejan la roncha; y qué roncha!

Por fin, al cuarto día de calor, las nubes conferenciaron largamente, hicieron *un acuerdo* y empezó á caer el agua, un agüita mansa, tranquila, como de regadera, que nos vino de perilla. Detrás de la lluvia esa, se descolgó el frío, frío casi de invierno legítimo, que duró unas pocas horas. El sol, socarrón y curtido viejo, seguía riendo y poniendo una cara maliciosa, como quien dice: «aprovecháte gaviota que no te has de ver en otra»; y, en efecto, en el momento que escribimos estas líneas empieza á iniciarse el calor; el sol se ha despavilado, ha soltado su cabellera al fuego, ha tocado generala para reunir los dispersos haces de llamas y... á prepararse para sudar otra vez, y para recibir picaduras de mosquitos y *gegenes*.



PEPITO.

Una nota infantil

En el Club Comercial de la Unión se celebró el domingo último una simpática fiesta con motivo de premiar los esfuerzos de la Sociedad Infantil Siglo XX que habiendo surgido como humorada carnavalesca, va ahora á tener carácter permanente, pudiendo decirse sobre el particular que constituirá el primer Centro Social Infantil de nuestro país. Varias medallas han sido discernidas á este «Siglo XX» que puede bien decirse da como el siglo nuevo los primeros pasos... De la fiesta que nuestro grabado recuerda y que dedicamos á los niños unioneros conservarán buena memoria al avanzar en su senda; es un primer paso dado sobre seguro, en el camino por que deben cruzar todos los hombres: el de la sociabilidad. Y es un buen augurio para el porvenir que les deseamos dichoso.





Necrología

Benjamín Hárrison

Acaba de anunciar el telégrafo la muerte de Benjamín Hárrison, ilustre hombre público de los Estados Unidos de América, afiliado al partido republicano y proteccionista, que lo elevó á la presidencia de la Gran República el 4 de Marzo de 1889.

Fué de los que combatieron en las filas federales en la guerra de Secesión, llegando grado por grado á la categoría de general. La doctrina de Monroe «América para los Americanos» encontró en él uno de sus grandes adeptos. Tuvo como anhelo de su vida de estadista ver sustituído el comercio europeo por el de su país en Sud América, de cuyos pueblos era amigo mientras demostraba pocas simpatías á los del viejo continente. Su muerte — que deja profundo vacío en las filas republicanas — ha sido motivo de un duelo nacional en su gran patria, que llora la muerte de un patriota, de un guerrero y de un completo estadista.

Nuevo catedrático

Acaba de obtener en propiedad en la Universidad Mayor de la República, la cátedra de Mineralogía y Geología el doctor Horacio García Lagos, uno de nuestros distinguidos y jóvenes médicos. El nuevo catedrático llega acompañado al aula de que era hasta ahora sustituto, por las simpatías de sus compañeros y alumnos. El doctor García Lagos, por su cultura como por sus conocimientos, es merecedor del cargo efectivo para que lo ha propuesto el tribunal examinador, en su fallo, después de las diversas pruebas á que fueron sometidos los cuatro concursantes presentados.

Y es tanto más honroso para él este triunfo cuanto que, en nuestra Universidad, la buena práctica de los concursos no se ha cumplido con la generalidad que debiera, impidiendo por una parte el legítimo acceso de los más aptos á las cátedras y por otra dejando en una situación equívoca é insegura á muchos que las desempeñan de hecho, y que tienen condiciones para obtenerlas de derecho mediante la prueba de competencia siempre necesaria para estos cargos.



Dr. Horacio García Lagos

Congreso Científico Latino Americano



Dr. Pablo Patrón

El primer delegado extranjero al Congreso Científico Latino Americano que ha llegado á Montevideo, es el doctor Pablo Patrón, que viene á representar al gobierno del Perú.

Es el doctor Patrón un notable educacionista y un distinguido filólogo, que con justa razón ha conquistado en su patria y fuera de ella, una brillante reputación.

Entre los intelectuales de su país ocupa uno de los primeros puestos, y de seguro que en el gran certámen que va á inaugurarse aquí el 23 del corriente será uno de los principales elementos.

El trabajo que ha presentado se refiere al idioma quichua y lo ampliará con conferencias ilustrativas.

Nos complacemos, al saludar al notable hombre de ciencia, en ofrecer su retrato.

—Pero siempre es curioso conocer quien es el feliz poseedor del mayor manojo de pelos en la cara aunque ni para él el tenerlos, ni para nosotros el saberlo, sea de mayor utilidad.


Eduardo Halle, que anduvo 30.000 millas en bicicleta en un año


Carreras de barriles


Carreras de barriles y bicicletas

Y ahora ocupémonos de la nota ciclista, que en todas partes hay que ocuparse ahora de bicicletas ya que es el *sport* á la moda.

Representa nuestro grabado á Edward Halle que ha rodado durante un año 30.000 millas en la misma bicicleta, cuya marca no publicamos, para que no se crea que hacemos *réclame*.

Infatigable ciclista, Mr. Halle ha recorrido casi toda Europa montado en su máquina y por valles y montañas ha demostrado que para la bicicleta no hay obstáculos.

Y vienen ahora dos grabados más, que constituyen una nota curiosa.

Se trata de las carreras de barriles que se han puesto muy de moda en Inglaterra y que llaman la atención por la variedad de los incidentes que en ellas se producen.

Sencillo es, en suma la idea de las tales carreras, que se reducen á correr una distancia haciendo rodar un barril sin dejarlo caer.

Por lo tanto hay que obtener dos cosas en la carrera, no dejar caer el barril, y llegar antes.

Un miembro del jurado, en bicicleta recorre la línea para hacer salir de ella el corredor que ha dejado caer el barril.

Las señales de Marte

Las señales de Marte están preocupando al mundo astronómico europeo, desde que los estudios de Flammarión han hecho creer posible la cosa.

Flammarión, ha sido fotografiado mientras observaba con el gran ecuatorial del observatorio de París el planeta Marte, el 22 de Febrero del año actual.



Camilo Flammarión

Esa es la fecha de este año en que Marte ha estado más cerca de la tierra, pues se ha hallado tan solo á *cien millones nuevecientos veinte mil kilómetros*

Para los astrónomos esa distancia es, como quien dice, la pared de enfrente, así que en ese día se disponían á hacer al Marte algunas señales á ver si contestaba.

Pero parece que Marte se ha hecho el sueco porque hasta ahora no se sabe que haya dicho ni una sola palabra.

Como se cree que Marte está habitado, pues muchos sabios lo afirman, y cuando lo afirman por algo será, hay quien supone que está deseoso de entrar en relaciones con la Tierra qne, desde lo lejos, á decir de algunos celestiales (ó entregados al estudio) resulta muy simpática.

Qué porvenir para el comercio de la tierra el poder enviar sus productos á Marte que indudablemente sería un nuevo mercado para lo que produce la tierra.

Lástima que los ingleses lo acapararían todo, y el primer cargamento que iría á Marte sería de *wast-leef* en latas y *scoteh wisky*.

Esperemos con paciencia los acontecimientos. Quizás el día menos pensado veremos anunciados billetes de ida y vuelia á precios reducidos á Venus ó á Marte, en la misma forma en que se anuncian hoy los de la feria de Paysandú.



El Observatorio de París







Un Dios Baco de año y medio, á horcajados sobre su barril, con cara alegre, coronado de hiedra y teniendo en la mano la inagotable copa; todo esto constituye una curiosa fotografía infantil, al lado de la cual vemos á otro niño, que con los anteojos y sombrero de copa y la sonriss picaresca que muestran sus labios recuerda la fisonomía de uno de los angelitos de la *Vierge aux bambius.*

Luego un general en ciernes qne con su kepí echado en frente y un descomunal revolver entre los brazos demuestra darse cuenta de que ostenta los atributos de la fuerza.

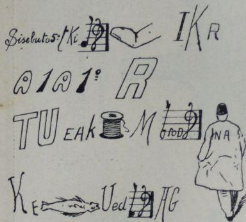
Sección amena

Á cargo de Blas Mil

JEROGLÍFICOS

1

Para S.



SISEBUTO 5.°

2

P NORTA

RADAMÉS.

3

P P P P P

SINFOROSO.

4

A

CAUSAS

EFECTOS

UNA TURQUITA.

CHARADAS

1

Para *prima dos y cuatro*
Cuatro total,
Y *sagunda tercera*
Que hace muy mal,
Pues no *tres* la ingrata
Que si se *cuarta,*
Ilusiones, y todo,
De mí se aparta.

GRUMETE

2

Al subir en un campo una *dos tres*
Quiso darme su dueño un *prima dos*
Más al momento vino á mi socorro
Mi *prima* repetida y lo impidió,
Y al querer el motivo del ataque
Mi *prima* repetida averiguar
Díjole el dueño que era porque yo iba
A su campo las *todos* á cazar.

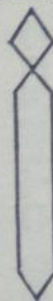
BRISA.

PREGUNTA

¿Cuál es el número cuya mitad, multiplicada por dos, da un número mayor que el mi-mo?

ARIOSTO.

ROMPE CABEZA CHINO



Cortar esta figura en siete partes y formar con ellas un cuadrado.

FÍGARO.

Soluciones:—Al acróstico: *Calandria;* Al jeroglífico: *Un tuno de siete suelas;* Al enigma; *La Luna;* Al apellido cuadrilátero: *Echepare.*

Mandaron soluciones: *Turquesa* 5, *Parami* 4, *Rappit* 3, *Figaro* 3, *Maragata* 3, *Kan de la Martina* 3, *Ariosto* 2, *Clarín* 1.

Correspondencia de ROJO Y BLANCO

Tarjetero Postal

Perico Flaco.—Buenos Aires.—Aceptado con gusto. Esperamos lo prometido.

Jorge Lagos.—Las *amorosas* convendría que se los dijera al oído á su Elisa. Así no se notarían los ripios y lo demás.

C. E. S.—La mejor forma de que su *Sara hermosa y adorable* lo atienda es que no lea sus Serventesios. Agradézcanos la intención.

C. B.—Montevideo.—Recibida su linda nota. Irá en el número próximo.

A. R. V.—Guadalupe.—*Porqué* busca Vd. tantas cosas, *porqué?* Dedíquele mejor á su novia el libro los *porqués* de Susanita.

C. M. U.—Montevideo.—Esperamos que sus nuevas tareas no le hagan olvidar por completo á ROJO Y BLANCO.

Sección Amena

Turqnesa.—Saludo á la distinguida colaboradora al regresar de su veraneo. Los juegos que van sin firma en el último lugar son siempre míos. Aun tengo algunas producciones suyas, sin embargo envíe otros. Recibí su tarjeta felicitación.

Rappit.—Muy bueno su anagrama. Confío en su promesa.

Parami.—Atahualpa.—Muchos de sus juegos han sido publicados ya. Gracias por los nuevos.

Sinforoso.—Para el próximo número será satisfecho. Gracias por la nueva é importante remesa.

Radamés.—Gracias por sus nuevos juegos.

Rubio.—Me parece que está Vd. *herrado.*

Correo Administrativo

G. H.—Las Piedras.—Queda chancelada s/c. hasta hasta Febrero ppdo.

L. S. B.—Pando.—Recibimos su giro por saldo hasta Diciembre 31 de 1900.

C. P.—Melo.—Recibimos giro y liquidación hasta Enero 31 de 1901. Se le contesta por este mismo correo.

M. B.—Florida.—En la semana entrante se le enviarán los tomos encuadernados.



MUY SUPERIORES Á LOS VINOS
COMUNES IMPORTADOS

CUIDADOS COMO LOS MEJORES
VINOS DE "BORDEAUX"

Los Excelentes Vinos

Harriague

del Salto

LA CASA ENTREGA Á DOMICILIO
AL PRECIO DE:

LA DAMAJUANA DE 10 LITROS
LACRADA Y ETIQUETADA

TINTO.................. 1.50
2.10 .... BLANCO
(Sin envase)

LA DOCª DE BOTˢ DE 75 CENTˢ

TINTO.................. 1.80
2.40 .... BLANCO
(Sin envase)

CERRITO 80ᴬ - *MONTEVIDEO*

LOS DOS TELÉFONOS

Estos Vinos se encuentran al mismo precio en los BUENOS ALMACENES